

“pero bajo una forma muy diferente de la antigua, y con un conocimiento mucho mas vasto de los destinos del mundo. El libro de Daniel dió en cierto modo su última expresion á las esperanzas del Mesías. No fué ya el Mesías un rey, á la manera de David y de Salomon, un Ciro teócrata y mosaista; fué un *Hijo del Hombre*, que aparecia en la nube, un ser sobrenatural revestido con la apariencia humana, encargado de juzgar al mundo y de presidir la edad de oro. (1)”

M. Renan nos remite al texto que quiere indicarnos. Autorizados así por él para consultarlo, vamos á reproducirlo, por cuenta de su confesion.

Hé aquí este texto, verdadero espejo profético en el cual aparece, quinientos treinta y siete años antes de su venida (ciento setenta y cinco años, segun Porfirio y M. Renan) la gran figura del Hijo del Hombre, que recibe de esta suerte, por medio de esta anticipacion prodigiosa, un testimonio deslumbrador de divinidad.

“Miraba yo estas cosas, en la vision de la noche, dice el Profeta, y vi cómo el HIJO DEL HOMBRE que venia con las nubes del cielo, y que se llegó hasta el Anciano de los dias. Y sus ángeles se presentaron delante de él y él le dió potestad honor y reino, y todos los pueblos y todas las tribus; diciendo que todas las razas y todas las lenguas le servirán, que su potestad es una potestad eterna que no le será quitada, y su reino no será destruido, no tendrá fin (2).”

¿Qué profecia cuando se la compara con la inscripcion romana que cada siglo que pasa la graba mas profundamente: *¡Christus vincit! ¡Christus regnat! ¡Christus imperat!*

¿Dónde está lo sobrenatural, dónde está el milagro, dónde está la intervencion manifiesta de la Divinidad, si no es en los dos prodigios de semejante cumplimiento, multiplicados en cierto modo uno por el otro, para elevarse á la mas alta potestad? Y si profetizar acontecimientos naturales es un prodigio ¿qué será profetizar prodigios?

Pero no es esto todo.

Este mismo Daniel profetizó no solamente este poder prodigioso de Cristo, sino que predijo su inmolacion que lo hace aun mas prodigioso. Predijo la gloria del CRUCIFICADO.—Y verificó esta prediccion con tal exactitud en las fechas y circunstancias, que se han apoyado en ella la historia y la astronomía [3].

Todo el mundo conoce aquella célebre profecia de las *Semanas*, que sin duda por esta razon no ha citado M. Renan; pues por lo demas, forma parte de la del *Hijo del Hombre* que acaba de exponer. Conviene no obstante reproducirla. Es la siguiente:

“Oye la palabra, dice el Espíritu de Dios al profeta, y ve la vision:

(1) *Vida de Jesus*, p. 15.

(2) Daniel, VII, 13 y siguientes.

[3] Un jóven astrónomo del último siglo, arrebatado á la ciencia por una muerte prematura, y cuyos especiales y numerosos conocimientos, dice el sabio naturalista Bonnet, se hallaban realizados por una modestia, un candor y una piedad

“A setenta semanas (1) se reduce el tiempo decretado sobre tu pueblo y sobre la ciudad Santa, para que fenezca la prevaricacion y tenga fin el pecado, y sea borrada la maldad, y sea traida justicia perdurable, y tenga cumplimiento la vision y la profecia, y sea unguido el Santo de los Santos [2].

“Sabe, pues, y nota atentamente.

“Desde la salida de la palabra (ó desde la publicacion del Edicto), para que Jerusalem sea reedificada hasta Cristo Principe, pasarán setenta y siete semanas (sesenta y nueve semanas de las setenta del cómputo general) y de nuevo será edificada la plaza y los muros en tiempos de angustia (3).

“Y despues de las sesenta y dos semanas (4), será muerto el CRISTO y no

aun menos comunes, M. DE CHESEAUX, hizo en las profecias de Daniel descubrimientos astronómicos que pasmaron á dos de los primeros astrónomos de este siglo, MAIRAN y CASSINI. “No es posible dejar de convenir con las verdades y descubrimientos que se prueban en vuestra disertacion, le escribia Mairan; pero no puedo comprender (era incrédulo) cómo y porqué se hallan tan exactamente contenidas en las Sagradas Escrituras.” Sin detenerse Cassini como Mairan, en el cómo y por qué, declaró muy poco despues, haber hallado todos sus métodos para el cálculo de los movimientos del sol y de la luna, deducidos del ciclo de Daniel y de la llegada de los equinoccios y del solsticio en el meridiano de Jerusalem, completamente demostrados y perfectamente conformes con la mas exacta astronomía. “¿Hubiérase sospechado, dice Bonnet, que enriquecería á la astronomía trascendental el estudio de un profeta, y que nos procuraría sobre ciertos puntos muy difíciles de esta bella ciencia un grado de precision muy superior al que habia dado el cálculo hasta entonces? *Investigaciones filosóficas sobre las pruebas del Cristianismo*, por C. Bonnet; Amsterdam, 1783, p. 163, nota.)

(1) Semanas de años, que siendo cada una de siete años, forman cuatrocientos noventa años, duracion exacta, partiendo del punto que va á fijar la profecia hasta la muerte de CRISTO.—Véanse las justificaciones respecto de permenores, por otra parte incontestables, en nuestros *Estudios*, t. IV., p. 253.

Ahora se comprenderá el interés de M. Renan y de Porfirio en pretender que el libro de Daniel, obra de un desconocido, segun ellos, compuesto en el reinado de Antioco Epifanes, no ascienda mas que á 175 años antes de Jesucristo, en lugar de su fecha verdadera, pues con esto se destruye todo el cálculo de las semanas. Pero ademas de ser puramente gratuita esta pretension, existe siempre contra ellos el prodigio de los acontecimientos profetizados, cuya precision es tan prodigiosa como la de las fechas, y esto es lo menos que reconoce M. Renan.

(2) Este es el cuadro general de la profecia, en que se define ó marca claramente (y en qué términos!) el fin total del advenimiento de Cristo la redencion del género humano del pecado, objeto de todas las profecias que hallaran en él su consumacion.

(3) Aquí aparece con la mayor exactitud la precision cronológica, el punto de partida (el edicto de Artaxerxes Longi-Mano) y el punto de llegada [la aparicion de CRISTO]. Observemos aquí que llega á ser pueril el sistema de la incredulidad, de posdatar la profecia, porque no parte el cómputo de las semanas de la fecha de la profecia, sino de la del Edicto.

(4) De esta division de las semanas en 7 y 62, resulta que se dan para la re-

“será mas suyo el pueblo que lo negará (1). Y un pueblo con su caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el Santuario, y dispersará sus restos (¡fin devastador!) y despues del fin de la guerra, vendrá la desolacion decretada [2].

“Y afirmará su alianza (CRISTO) con muchos en la última semana, [que es la setenta]; y en medio de esta semana, serán abolidos los sacrificios, y será en el templo la abominacion de la desolacion, y durará la desolacion hasta la consumacion y el fin [3].»

Apenas puede creerse á los ojos, cuando se lee este oráculo, que podria considerarse como una cronologia compuesta despues del acontecimiento; y se experimenta aquel asombro que hizo caer á Nabucodonosor á los pies de Daniel, exclamando: “Vuestro Dios es en verdad el Dios de los dioses y el

construccion de Jerusalem en tiempos de angustias, 7 semanas, es decir, 49 años, lo cual se realizó á la letra bajo la direccion de Nehemias [Esdras, lib. II, cap. 4, 5, 6 y 7], y las otras 62 á todo el tiempo trascurrido despues hasta la muerte de CRISTO. Queda la semana septuagésima que va á ser, por sí sola, objeto de la segunda parte ó segundo término de la profecía.

[1] ¡Qué rasgo! Por lo demas, viene á reanudarse ó ligarse con todas las demas profecias que hacen coincidir igualmente la reprobacion de los judíos con la vocacion de los gentiles, por la muerte de CRISTO.

(2) No solamente se predice en general este misterio tan inimaginable, sino que se relata aquí con sus pormenores, y se convierte en historia la profecía. Los romanos, Tito, el sitio de Jerusalem, la ruina y la devastacion del templo, la desolacion del pueblo judío perpetuamente aparecen aquí mas de 500 años antes del suceso en la vision de Daniel, tales como se han descrito en la obra *De bello judaico*, de Josefo. Y el mismo Josefo, con la misma pluma que refiere el acontecimiento, confiesa tambien la profecía. “Todas estas desgracias cayeron sobre nuestra nacion como predijo Daniel, mucho tiempo antes del reinado de Antioco.... Tambien habló del poder de los romanos y de su imperio, y predijo los males que debian abrumar á nuestra nacion.” Einalmente, oid, no solo al historiador, sino al ejecutante de la profecía, á Tito, predicho tambien por ella (*duce venturo*) esclamar: “He hecho esta guerra conducido por Dios. No soy yo quien ha vencido: yo solo he prestado mis manos á la venganza divina!” (*Jos. de Bello Jud. lib. VII, cap. XII.*)

¿Es esto sobre natural?

¡Siempre para no ver tendrás los ojos, Ingrato pueblo!

(3) El profeta lleva aquí la precision ó exactitud á la precision misma. Despues de haber, en efecto, dividido las 70 semanas, en 7, 62 y 1, despues de haber hecho caer la muerte de CRISTO despues de las 62, es decir, las 69 del cómputo general, y por consiguiente, en la semana septuagésima, ó sea, entre el año 30 y el 37 de la era cristiana, como aconteció en efecto, vuelve á ocuparse de esta última y septuagésima semana, como siendo digna, por su importancia, de considerarse separadamente; y concentrando nuestras miradas en este fondo de la perspectiva profética, determina así su objeto: “Y afirmará CRISTO su alianza con muchos en una semana.»—Y en efecto, al año trigésimo de su vida, abrió JESUS con sus predicaciones, el reino de la nueva alianza.—Y en medio (ó la mitad) de esta última semana (es decir, á los treinta y tres años y seis meses), serán abolidos los holocaustos y los sacrificios; como lo fueron en efecto, en todo el universo, por el único Sa-

“Señor de los reyes, y el que revela los misterios, porque tú pudiste descen-
“brir este arcano (1).»

Hemos citado y hecho resaltar esta gran profecía, porque se relaciona estrechamente con la del HIJO DEL HOMBRE que señala M. Renan al hablar de este «Libro de Daniel» que *dió*, dice, *en cierto modo su última expresión á las esperanzas del Mesías*;—y porque por otra parte, no sufre el menor menoscabo de la única objecion que se hace á este libro, de no haberse compuesto hasta el reinado de Antioco Epifanes.

M. Renan reconoce ó confiesa, sin disimularlo, otra magnífica profecía: la de Malaquias, sobre el precursor: “El profeta Malaquias, dice, anunció “enérgicamente un precursor del Mesías que debía preparar á los hombres á “la renovación final, un mensajero que vendria á allanar los caminos ante el “escogido de Dios (2).»

Para apreciar el carácter de esta profecía es necesario observar que es la última. Estaba reservado al último profeta predecir una circunstancia de la venida de JESUCRISTO desconocida hasta entonces, á saber, que tendria un Precursor.—Malaquias que por una parte termina la cadena de profetas que asciende hasta los patriarcas, se inclina por la otra, en cierto modo, como para dar la mano al través de cuatro siglos de silenciosa expectativa, á Juan Bautista, precursor inmediato de JESUCRISTO. Los términos del profeta corresponden admirablemente con este carácter finalmente indicativo:

“Hé aquí yo envío mi Angel que preparará el camino ante MI FAZ; y “luego vendrá á su templo el DOMINADOR á quien buscáis, y el ANGEL DEL “TESTAMENTO (ó Alianza) que tanto deseáis. ¡HELE AQUÍ QUE VIENE [3].»

Abusando M. Renan de la creencia judía sobre que debía volver al mundo el profeta Elias para preparar los caminos al Mesías, y tomándola en un sentido judaico, se esfuerza en desviar de Juan Bautista la aplicacion de esta profecía. Reconoce, no obstante, que Juan hacia recordar efectivamente esta extraña figura de la antigua historia de Israel (4); que era tambien otro Elias.—“Si quereis comprenderlo, Juan es Elias que debe venir [5]” decia Jesús á los judíos y en ellos á M. Renan.—M. Renan acaba al fin por comprenderlo; y tan perfectamente, que la belleza del carácter y de la mision de Juan Bautista le inspira las líneas mas bellas, en nuestro concepto, de su *Vida de Jesus*:

“Juan permaneció siendo en la leyenda cristiana lo que fué en realidad, “el austero preparador, el predicador melancólico de penitencia antes de los “regocijos de la llegada del Esposo, el profeta que anuncia el reino de Dios y “muere antes de verlo. Gigante de los orígenes cristianos, este hombre que “se mantenía con langostas y miel silvestre, este reparador de injusticias, “fué el agenjo que preparó los labios á la dulzura del reino de Dios. El de-

(1) Daniel, II, 47.

(2) *Vida de Jesus*, pág. 199.

(3) Malaquias, cap. III, 1.

(4) *Vida de Jesus*, pág. 201.

(5) Math., X, 144.

BIBLIOTECA FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES U.A.N.L.

“gollado de Herodias abrió la era de los mártires cristianos, y fué el primer testigo de la conciencia nueva. Los mundanos que reconocieron en él á su verdadero enemigo, no pudieron permitir que viviese; su cadáver mutilado, tendido en el umbral del Cristianismo, trazó la sangrienta vía por donde debían pasar despues que él tantos otros (1).»

Este es el precursor predicho por Malaquias.

Despues de esta profecía indicatoria, no hubo ya mas hasta Juan en el espacio de cuatro siglos. “Dios otorgó á la majestad de su Hijo, dice Bossuet, que hiciera callar á los profetas durante todo este tiempo, para tener á su pueblo en espectacion respecto de Aquel que debía ser el cumplimiento de todos los oráculos (2).»

No faltó el pueblo á esta grande espectacion, y M. Renan lo demuestra perfectamente.

“Israel sostuvo admirablemente esta vocacion, dice, al través de numerosos desalientos. Sucédese, para la defensa de las antiguas instituciones una serie de hombres piadosos, Esdras, Nehemias, Onias, los Macabeos, devorados del celo de la Ley. La idea de que es Israel un pueblo de Santos, una tribu escogida por Dios y ligada á él por un contrato, echa raíces cada vez mas hondas. Llena las almas una espectacion inmensa. Toda la antigüedad Indo-europea habia colocado el paraíso en el origen (del mundo); todos los poetas habian llorado una edad de oro desvanecida. Israel ponía la edad de oro en el porvenir (3) Israel llega á ser verdaderamente y por excelencia el pueblo de Dios, en tanto que las religiones paganas se reducen mas y mas en torno suyo, en Persia y en Babilonia, á un charlatanismo oficial; en Egipto y Siria, á una tosca idolatria, y en el mundo griego y latino á ostentosos alardes. Los judíos hicieron durante los dos siglos precedentes á la era cristiana lo que han hecho los mártires cristianos en los primeros siglos de nuestra era, lo que han hecho las víctimas de la ortodoxia perseguidora en el seno mismo del Cristianismo hasta nuestro tiempo (4). Fueron una protesta viva contra la supersticion y el materialismo religioso, haciendo de ellos en esta época, un movimiento extraordinario de ideas que iba á parar á los resultados mas opuestos, el pueblo mas notable y mas original del mundo (5).»

M. Renan no nos deja el cuidado de consignar otro fenómeno inexplicable, si no es sobrenatural; á saber, que esta prodigiosa expectacion del Mesías,

(1) *Vida de Jesus*, pág. 202.

(2) *Discurso sobre la Historia Universal*, part. 2.

(3) No la ponía menos en lo pasado, con la diferencia de que ponía la reparacion de su pérdida en el porvenir, y de él habian recibido las demas naciones este recuerdo y esta esperanza, en El que era llamado *el deseado de todas las naciones*.

(4) Conservamos esta frase en obsequio á la fidelidad de la cita. Hay clases de mártires, como respecto de otras cosas: *hay mártires y mártires*; y se les conoce en sus frutos, como á las demas cosas.

(5) *Vida de Jesus*, pág. 12.

que no se cansó ni precipitó jamas durante cuatro mil años; que jamas se detuvo ni distrajo sobre ningun objeto, ni en ninguna época con anterioridad á JESUCRISTO, profetizó en cierto modo ella misma su término, en el momento en que iba á llegar á él ó mas bien para hablar con mas exactitud, reconoció este momento en las marcadas señales que de él habian dado las profecias.

“La Revolucion (1) ó en otros términos, el mesianismo ocupaba entonces todos los entendimientos. Creianse en visperas de ver aparecer la gran renovacion; la Escritura, atormentada en diversos sentidos alimentaba las mas colosales esperanzas. Veianse en cada línea de los simples escritos del Antiguo Testamento la seguridad y en cierto modo, el programa del reino futuro que debía traer la paz á los justos y sellar para siempre la obra de Dios (2). Los reinados de los últimos Asmoneos y el de Herodes, vieron aumentarse mas la exaltacion, verificando una serie no interrumpida de movimientos religiosos. Distaído el mundo con otros espectáculos, no tiene ningun conocimiento de lo pasa en este rincon olvidado del Oriente. Sin embargo, las almas al corriente de su siglo se hallan mejor enteradas. El tierno y *perspicaz* Virgilio parece responder, con un eco secreto, al segundo Isaías; el nacimiento de un niño parece arrojarlo en sueños de palingenesia universal. Estos sueños eran frecuentes y comunes y formaban como una especie de literatura que se encubrió con el nombre de Sybilas. La reciente formacion del Imperio exaltaba las imaginaciones; la grande era de paz en que se iba entrando y esa impresion de sensibilidad melancólica que experimentan las almas despues de largos periodos de revoluciones, suscitaban en todas partes ilimitadas esperanzas (3).

“La expectacion se hallaba en su mayor auge en la Judea, personas santas,

[1] Extraño anacronismo de lenguaje, en el sentido absoluto y subversivo que da M. Renan á esta palabra.

[2] *Vida de Jesus*, p. 63.—No este reinado el de la *Revolucion*.

[3] Todo esto se halla insinuado muy hábilmente para disminuir el prodigio al confesarlo; tan grande es la trascendencia de esta confesion. Pudo suceder que imprimiera en el mundo de las almas el nacimiento del Hijo de Dios, por oscuro que fuese, como una especie de estremecimiento, cuya impresion hubiera manifestado Virgilio, el alma mejor templada para sentirlo, en su célebre égloga, notable en este sentido por cierta especie de énfasis que estaba en oposicion con el gusto siempre tan moderado del divino poeta. No obstante, considerando friamente las cosas, no me parece estar mas enterado ni haber sido mas perspicaz Virgilio que Ciceron, Suetonio, Tácito y Josefo, quienes autorizados con los oráculos judíos, como ellos dicen, oráculos recogidos con el nombre de Sybilas, repitieron ellos tambien, la grande expectacion del género humano. Hay además en esto de particular, acerca de Virgilio, segun el relato de Josefo (*antigüedades*, lib. 10, cap. 25, y lib. 15, cap. 13), que Herodes el Grande fué á Roma en 714, el mismo año en que compuso Virgilio su égloga, y que habitó con Pollion, amigo de Virgilio; Pollion, cuyo nombre lleva la égloga, y á cuyo consulado se hace el honor del prodigio que en ella se canta. ¿Cómo dudar que no influyera un contacto tan inmediato con el rey de los judíos, tan preocupado entonces con la venida del Mesías en el giro y el colorido de esta égloga, y no le imprimiese un lloes de actualidad?

“entre las que se cita á un anciano Simeón, que según la leyenda tuvo á Jesús
“en sus brazos, y á Ana hija de Phanuel, considerada como profetisa, pasa-
“ban su vida al rededor del templo, ayunando, orando, para que pluguiese á
“Dios no llevárselas del mundo sin haber visto el cumplimiento de las espe-
“ranzas de Israel. Siéntense en todo esto una poderosa incubación precu-
“sora de algun acontecimiento desconocido.

Esta mezcla confusa de vistas lucidas y de sueños, esta alternativa de
“decepciones y de esperanzas, estas aspiraciones contrariadas sin cesar por
“una odiosa realidad [1] encontraron al fin su intérprete [2] en el hombre
“incomparable á quien confirió la conciencia universal el título de Hijo de
“Dios [3], y esto con justicia, pues que hizo dar á la religión un paso con
“el cual ningún otro puede y probablemente no podrá jamás compararse.
No pidamos ya más á Renan. Estas confesiones son suficientes. Aho-
ra, veamos en primer lugar, cómo ha sido inducido á hacerlas, y en segundo
lugar, cómo ha tratado de librarse de ellas.

II.

Esta es la primera vez, desde el origen del Cristianismo, que ha hecho
la incredulidad tales confesiones, y que han sido al fin reconocidas y admiti-
das en sus caracteres esenciales nuestras profecías, siempre victoriosas de la
discusión, pero también siempre eludidas. Es asimismo la primera vez, y
no creemos llamar sobrado la atención del lector sobre este punto, que la
incredulidad se ha hecho positiva y explicativa, cuando solo había sido
negativa.

La explicación que la historia da de Jesucristo cuando le presenta como
el Deseado de todas las naciones, el Señor, el Dominador y el Cristo pro-
metido y esperado desde el origen del mundo; y cuando muestra en estas
profecías tan prodigiosas, títulos sobrenaturales de su divinidad, es tan ver-
dadera, que la misma incredulidad no puede empeñarse en ese terreno histó-
rico, sin caer desde el primer paso en esta explicación inevitable.

“En cualquier punto de vista que nos coloquemos, dice muy bien M.
“Scherer, es cierto que se anuncia Jesús como el intérprete autorizado por la
“ley y el libertador prometido por los profetas. Han llegado los días de
“una ciencia imparcial, y no se por qué se ha continuado en eludir la difi-

(1) Fraseología evasiva para no decir, profecías claras, confirmadas, segui-
das y acrecentadas. Jamás ha habido sueño ni decepción con respecto al Mesías,
hasta su venida, ni posteriormente, sino para aquellos que lo han desconocido y
lo desconocen. — Pero no pueden hacerse tales confesiones sin violencia.

(2) Porque era objeto de ellas.

(3) No ha conferido este título la conciencia universal, sino que lo ha confe-
sado. El mismo Dios fué quien en el bautismo de Jesucristo y en su transfigura-
ción se lo dió con estas palabras: *Este es mi Hijo amado en quien he puesto todas
mis complacencias: escuchadle.*

“cultad (1). No es menos cierto que Jesús se creyó el Mesías y se anunció
“como tal y que este día fué el decisivo, y este hecho fué el hecho capital
“en la historia de su pensamiento. Este fué el sentido que dió á su misión,
“y es preciso colocarse absolutamente en este punto de vista, si se quiere
“comprender su vida y su enseñanza..... Jesús se proclamó el Mesías.
Y qué es el Mesías? *El Mesías es el libertador que prometió Jehovah á su
“pueblo; es el personaje sobrehumano cuyos rasgos han sido desarrollados ó
“fijados por la profecía y el Apocalipsis durante siete siglos: es el rey
“(No significa otra cosa Mesías) que debe venir á resucitar á los muertos, á
“juzgar á los hombres, á volver á colocar á los judíos á la cabeza de las na-
“ciones, y reinando eternamente sobre ellos, á establecer para siempre en
“la tierra ese reino de Jehovah, que consiste en la verdad y la justicia. He
“aquí lo que es preciso saber para comprender lo que correlaciona á Jesús
“con las creencias del Antiguo Testamento, el lugar que ocupa en los anales
“de su nación, el papel que también hace en la historia religiosa de los hom-
“bres: el cumplimiento de la profecía del Mesías, he aquí la clave de la vida
“de Jesús, y he aquí por qué es una narración de los destinos de la idea del Me-
“sías, la introducción indispensable á la biografía del fundador del Cristia-
“nismo (2).*

No se podía explicar mejor nuestro pensamiento. Hasta hoy se había
continuado eludiendo la dificultad; pero al fin, háse arriesgado á acometerla.
Han venido al fin los días de la ciencia imparcial. Aquí os esperába-
mos. Es verdad que esta expectativa ha sido larga; mas no importa; siempre
nos tenemos por felices en haber visto salir de vuestros labios esta confesión
de tanto más valor, cuanto más largo tiempo ha sido retenida, á saber: que
el que quiera hablar del fundador del Cristianismo, deberá partir de las pro-
fecías; y que es absolutamente necesario colocarse en el punto de vista de la
profecía del Mesías y de su cumplimiento en Jesús, si se quiere comprender
la vida y la enseñanza de Jesucristo. M. Scherer llega en su candor hasta á
censurar á M. Renan por no conocer suficientemente el fondo de las cosas.
Nosotros no somos tan exigentes, bastándonos las confesiones que ha he-
cho [3].

Restanos ver cómo se libra de ellas. Así comprenderá tal vez M. Sche-
rer, por qué se ha continuado eludiendo la dificultad, y que les hubiera sido
mejor continuar eludiéndola.

Porque en verdad la situación me parece embarazosa. Las profecías
son manifiestamente prodigiosos, hechos sobrenaturales: en esto se conviene y
hasta nos lo oponen. Toda profecía, todo milagro, en una palabra, todo

(1) Tiene candor esta admiración de M. Scherer, y la confesión se deja esca-
par.

(2) Periódico *El Tiempo* del 14 de Julio y del 11 de Agosto de 1863.

(3) Dispensamos á M. Renan, entre otras profecías que ha omitido, la gran
profecía: *Ecce virgo concipiet et pariet*, de que ha hablado insidiosamente en la
pág. 241, reservándonos no obstante volver á ella, cuando tratemos de la Virgen
María.